

## Arte y ciencia de Cienciano

### **La ida triunfal**

Estamos a pocos días de la final de la Copa Sudamericana Nissan, versión 2003, a realizarse en el Perú. En esta oportunidad el Cienciano del Cuzco estará midiéndose en partido de vuelta, ante el reputado, más no imposible, River Plate de Buenos Aires. Hambreados de triunfo y reivindicaciones la expectativa ha alcanzado, entre nosotros, el máximo grado. Sin embargo las cosas no se circunscriben, esta vez, a la mera polvoreda levantada por las ganas, siempre postergadas, del hincha peruano, o a las siempre convenidas conveniencias de los medios de comunicación correspondientes. No señor, no se engañe usted, esta vez un equipo peruano - ¡Oh, maravilla! - el inédito Cienciano del Cuzco llega a una final de tales características con todas las de la ley. Seamos claros, el cuadro peruano llega habiendo cedido tan sólo un partido como visitante; permitiéndose el lujo de inaugurar el marcador en todas sus presentaciones; remontado parciales desfavorables en cancha ajena y contando, por si fuera poco, con el goleador máximo del certamen, Germán *Ave Fénix* Carty.

No es pues extraño que el referido acontecimiento ocupa un lugar preeminente para la cátedra futbolística internacional. Quizá tampoco deba llamarnos la atención que, en medio del júbilo chauvinista y el espíritu reivindicativo erguido en estos casos, se reactiven y materialicen una serie de mitos que, por lo general, le fueran sistemáticamente reclamados al futbolista peruano. Mitos y figuras, bueno es señalarlo, solventados por una creciente dosis imaginaria que tanto compromete al aficionado estándar como a los más ilustres entendidos del más popular de los deportes nacionales.

### **Lacrimogénesis repetidas y ovogénesis larvadas**

Apretemos la reseña. Eliminados una y otra vez, movilizados hasta el cansancio, humillados y ofendidos: no es difícil divisarnos. Jugando contra la adversidad, jaqueados por la diversidad, desechando clasificaciones anheladas: ese guión apesta como el armario de la abuela. Lo cierto es que los resultados concretos han transmutado, las más de las veces, frágiles sueños en inenarrables pesadillas, juergas alucinadas en amargos duelos, brillantes festejos en inevitables postergaciones. Todos lo sabemos: de un tiempo a esta parte los equipos peruanos no tuvieron, salvo decepción a la regla, figuración internacional rescatable. ¿Qué significa en nuestro caso, “de un tiempo a esta parte”? Francamente no creemos que interese demasiado.

Por lo demás: ¿a quién le importa el cronograma exacto y la cantidad de goles encajados? ¿a quien le incumbe describir el exorcismo de nuestras fantasías futboleras y levantar, entre todos los buitres, la autopsia del caso? Más aún, sí todos sabemos del invariable epílogo al que nos condujeron los infructuosos intentos: ¿para qué precisamos ordenar la estadística de unas insuficiencias, por siempre diluidas en alcohol? ¿de qué sirve hoy reactivar la histórica serie de promesas difuminadas entre obligados y odiosos lamentos? Hablamos pues de una serie de grietas que la realidad nos ha obligado a rumiar primero, desmontar después, para engrosar a la postre el expediente de todos los hechos que no se puede, aunque se quiera, corregir.

Lo cierto es que, todas las veces, ante cada uno de los descalabros sufridos, se dijo básicamente lo mismo. Hay que admitir, claro está, que por encima hubo matices, modificaciones, alternancias. Porque además de la *falta de huevos* del futbolista peruano, suerte de mal endémico atribuido a las selecciones nacionales, se adujo que las planas dirigenciales no eran las más convenientes, ni sus

finanzas las más transparentes. Frecuentemente se sostuvo también que los comandos técnicos distaban de cumplir con las expectativas solicitadas, y que los procesos de conformación y maduración del *equipo de todos* pecaban de improvisados y apremiantes. Rabiosamente desengañados hay además los que señalan que, con la calidad de jugadores con que contamos, no se puede aspirar a mayor cosa. De tal manera que estaríamos condenados a seguir viendo al Chorrillano más que sea con muletas, a Jayo lateralizando hasta el propio aliento, a Pepe Soto deambulando aquí y allá.

No olvidemos las otras perlas del collar: el fantasma del fracaso y el complejo milenarista, el marasmo telúrico y la inferioridad enraizada, la idiosincrasia pasiva y el subdesarrollo endeble, la historia de la Nicovita que traiciona y aquella otra, de la bohemia que cobra. También están, por si fuera poco, la prensa chicha y los sueldos altos, las argollas arriba y los serruchos abajo, las cabezas y las palancas; las cutras, las mitras, las mafias, las trafas. De a pocos hemos concluido, peruanos y tardos al fin, que el cuento con que nos entusiasmaban no era más que eso: un engaño, una farsa, un dedo, una yuca. En paralelo los proverbios sirven para aseverar en su sucesión que *no hay peor ciego que el que no quiere ver, ni perro que nos ladre, ni gallinazo que cante en puna* y que todos son unos jijuna. Entre tanto, viciosamente se diría, los medios alimentan el mito de que los medios alimentan el mito; y la mitad de la gente manifiesta que la otra mitad no se manifiesta; unos hinchas furibundos señalan que otros hinchas deben ser señalados: en fin, que en vez de ser doce, siempre fuimos, fieles a la cuenta regresiva, once, diez, nueve, ocho. Según puede verse, hay una nutrida paleta de factores, un abrumador arsenal de razones, todo un espectro de variables. Variables, para ser más exactos, invariablemente repetidas.

### Que corra la bola

Volvamos a los *huevos*, pues ellos se han tornado en la figura por antonomasia con que nuestra cultura pelotera, harto *huevera*, fija sus singulares obsesiones. Pelotas, bolas, boleros, boloñas, huérfanos: en fin, todo circula, todo gira, todo se somete al continuo vaivén. Paralelamente, la ida y vuelta del esférico, el constante trajinar de la redonda le da, no es casual, al *deporte más hermoso del planeta*, su encanto hipnótico, sus trances oníricos, su poder elíptico. Sin embargo, la anatomía trazada por los propios hinchas sobre lo malo de su realidad futbolística y lo feo de su desesperada espera, dignifica invariablemente el lugar del *huevo*. Lo cierto es que siempre se está acusando su ausencia, alucinando su concurso, haciendo de ese factor, quizá necesario, potencia indiscutida y autosuficiente.

No faltará quien afirme, lapidario e irreversible, que hemos llegado tarde, a la repartición de *huevos*. ¿Acaso un asunto de distribución y de selección? ¿quizá un problema de ocasión y de oportunidad? Por decirlo con Derrida, he aquí el tema eterno de la *diseminación*, habida cuenta que lo que se disemina es, precisamente, el semen. No olvidemos que el dichoso líquido viaja en los *huevos*, tripulación de personajes minúsculos, peces saltarines y oscilantes, inquietos y traicioneros, culpables potenciales de toda explosión demográfica: los espermatozoides. Sólo añadiremos acá, a manera de réplica, que si tanto confiamos en el alcance oportuno e inequívoco de esa suerte de *ovogénesis* perdida: ¿por qué no invocamos, de modo más organizado, a la Avícola San Fernando, dueña mayoritaria de los huevos peruanos, en vez de acogernos al poder morado y moroso del Señor de los Milagros? Entretanto, mientras certificamos aquello del tesón que falta y del pezón que aplasta, la imaginación concibe un modo frontal de atacar el viejo mal, a saber, unas cápsulas religiosamente administradas de **desahuevina compuesta** hasta la siguiente visita.

A las preguntas sólo es posible responderse, decían Deleuze y Guattari, con otras preguntas. En consecuencia: ¿es sólo **huevo** lo que necesitamos? Me limitaré a señalar, a propósito de esta última interrogante, lo que todo aficionado podría, con tranquilidad, constatar: que cuánto más **huevo** le pone Pizarro a sus intervenciones, más intrascendente se vuelve en el campo. ¿ Quizá una suerte de **sobredosis** de **huevo**? ¿qué tendría ello de positivo, de alternativo, de nuevo? Contrariamente, cuánto más diestro, oportuno y táctico parece el llamado *Bombardero de los Andes*, más protagónico y contundente resulta frente al marco rival, mayor lugar acapara en el orbe noticioso. No son tampoco los **huevos**, acomodados en dulce canastita, el factor que ha hecho destacar a Solano, cual Caperucita extraviada por los bosques de Newcastle, sino su *timing* para tocarla y guardarla, su modo de cubrir y defender la bola, su panorama para servir y operar como verdugo del arco ajeno ¿Y los **huevos**? En su sitio, suponemos.

No es novedad que acá se insista en divisar a los **huevos** como estandarte de la hombría, como emblema del *plus* energético y la activación hormonal requeridas, cual sinónimo del vigor anímico faltante en nuestras representaciones. Los **huevos** remitirían, por metonimia, al continente donde se aloja la leche de tigre de una orgullosa virilidad, esa sustancia espesa que en vez de atesorarse con avaricia, debiera mejor distribuirse, con pana y elegancia, con toda concha, en toda cancha. Allí se divisa el clásico itinerario del semental sublimado: abrir espacios, gestar descendencias, atravesar cuerpos, doblegar manos, vencer arcos e inflar redes. Vayamos al silogismo en su versión más procaz: si el fútbol es cuestión de hombres, y éstos pasean y poseen los, tan mentados y montados **huevos**, el corolario habrá de recalar en la evidencia inicial, vale decir, que el fútbol es una cuestión de **huevos**. Uno puede rescatar acá la presunción de Monsiváis: que después de todo la vida quizá sea un eslogan que aún no encuentra su patrocinador más interesado.

### ¿Huevos por las huevas?

Falta mostrar cómo la cuestión de los **huevos** deviene, automática, en la problemática inversa, en atribución gratuita y efecto perjudicial, cuando de su exceso se trata. ¿De no ser así, sostendría el anónimo, porqué abunda en nuestra tierra tanto **huevo**? Precisamos acá recordar que por más **huevos** con que cuente el gallinero, hay condiciones técnicas, térmicas o ambientales, para que aquellos alcancen su punto exacto de maduración y emerjan con la justeza deseable. Así pues: ni antes, ni después. Ni antes cuando nada lo amerita y emerja como pura esterilidad, ni después cual producto inútilmente tardío o auténtico despropósito. Es evidente que nada se gana con el sólo temperamento indiscriminadamente impuesto, pues cuando no hay administración de las fuerzas disponibles, solo restan respuestas ciegas y bienintencionadas, esas con que se consuelan las mayorías. Bienvenido el **huevo** entonces, siempre y cuando se someta a un plan que lo regule y sostenga, siempre y cuando haya una estructura que lo aproveche en función de las coyunturas a encarar. Remitimos, cual gráfica, al asunto de la ausencia de expulsiones en la inmensa mayoría de partidos que enfrentó el Cienciano. Pensemos, complementariamente, en la marca impuesta por La Rosa; en el trajín mostrado por Morán, Bazalar o Acasiete; en el modo astuto de buscar las faltas en los casos de García, de Carty y de Maldonado.

Se trata del status que detenta el juego limpio, el llamado *fair play*, especialmente promocionado por algunos de los últimos seleccionadores en un país vecino como Uruguay. Digámoslo bien alto, adhiriéndonos a la estereotipia geográfico vecinal: ¿es acaso posible imaginar en América un fútbol con **más huevos** que el uruguayo? ¿y eso qué? ¿qué garantiza la posesión de tal rasgo, más allá del legendario Maracanazo? ¿o es que su utilidad y operatividad se reduce al hecho, no demasiado halagüeño, de luchar por el cuarto cupo para el mundial? Mejor aludamos dos figuras uruguayas de talla mundial, el Chino Recova y Matías Forlán, a fin de atenuar momentáneamente el fetiche del

**huevo** pascual. Recova, por ejemplo, pasea indiscutible su jerarquía como creador y lanzador en el Inter de Milán; Forlán, más recientemente, protagoniza una precoz y fulgurante carrera como goleador en el Manchester londinense ¿Brillan fundamentalmente por sus **huevos**? No nos parece. Lo cual no supone afirmar, repitámoslo, que carezcan de la firmeza y valentía por siempre invocadas desde las tribunas, de aquella mística hombría ante la que la afición se rinde cual vástago sumiso.

He allí el otro lado del problema. Si se quiere, su punto ciego. ¿**Huevos** para qué? ¿**huevos por las huevas**?, ¿no es a eso lo que acá, en nuestra tierra, distinguimos como una **huevoada**? Freddy Ternero, exitoso técnico del Cienciano parece tener clara una cosa, a ella dice haber arribado a partir de su experiencia como jugador profesional en el Perú, a esa sola cosa él le atribuye las razones de su reciente brillo como estrategia futbolística: se trata de la **humildad**. Se trata de no creerse, de no incurrir en el desaforo o en el alarde desproporcionado. Ternero comienza por aplicarse tal lección a sí mismo. En reciente entrevista concedida a Cesar Hildebrandt, el estratega declaró tener extrema conciencia del lugar que ocupa, a título personal, para el colectivo humano que comanda. Digámoslo sin falsos eufemismos. Ternero no habla demasiado ni esforzadamente como Uribe; no gana hasta cuando pierde como Oblitas pretendía; tampoco vive supeditado a la esterilidad del juego bonito y al look del gabán impecable como Maturana. Hablar no es lo suyo: lo suyo, parece evidente, son los resultados. Y sin embargo, no lo olvidemos, es sabido que hasta para callarse se precisa de un gesto y una postura acordes.. Sabido es que, aún callando, hay maneras muy precisas, muy puntuales, de decir lo que hay que decir.

Por ello, en este orden de cosas, los ahorados gratuitos, los chitos y los machitos, están demás, no son, **ya fueron**. Años atrás Ruben Blades le hacía decir a *Pedro Navaja* que hasta para ser ladrón hay que estudiar. Quizá lo que necesitamos entre nosotros, recurseros y quejudos, es invertir la lección: estudiar para no robar. Trabajar para no fijarnos tanto en el otro, para no devaluar tanto el trabajo del otro; trabajar para no robarnos tanto entre nosotros mismos. Quizá lo que necesitamos es pues robarle horas al ocio para dedicarlas al estudio: poner empeño, paso por paso, en vez de quedarse empeñado de una vez por todas. Y es que no todas las sustracciones están penadas, de allí que la práctica del fútbol demuestre permanentemente que hay hurtos de tiempo válidos y a eso se llama *enfriar el partido*; que hay secuestros de voluntades ajenas y a eso se denomina *aburrir al rival*; que hay mil modos de propiciar que el otro se traicione e incurra en la desgracia del autogol; que parte de la sapiencia del jugador consiste en lograr que el otro yerre en el momento justo y en el terreno más beneficioso; que, en fin, el rival termine jugando, como muchos políticos y saqueadores profesionales en el Perú, para el enemigo.

## **Huevos en juego**

Habrá que recalcar que la **humildad** no sólo sirve, naturalmente, para aceptar de un petulante micrófono argentino, las palabras puestas en boca del jugador recién llegado. He allí el muestrario. Portilla: *¿no lo podés creer?* García: *¿se diría que ustedes son más fuerza que fútbol?* Morán: *¿son un equipo sin individuales?* Una y mil veces, por las dudas, como para que nadie lo soslaye, la interrogación que aspira, sí o sí, a confirmarse: *¿Es para ustedes un sueño?* Las respuestas, calmadas, sonrientes, medidas, satisfechas, sin falsos guiños, son también, no lo pasemos por alto, excelentes gráficas de la madurez de este grupo que, lejos de anular a sus integrantes, se dibuja con la sencillez de todos ellos; consistencia de un equipo que ha batallado ante propios y extraños, que ha convencido a propios y extraños.

La **humildad**, es bueno recordarlo, está más atrás aún, se cultiva en tiempos menos espectaculares, en regiones quizá menos visibles. He allí la puntualidad para trabajar y el respeto para escuchar los consejos; he allí el lugar concedido a cada rival y la conciencia gradual de los logros alcanzados; he allí la espera, en fin, para el festejo definitivo. La humildad para trabajar siempre, sin quejas ni distingos, para trabajar con disciplina férrea, suspendiendo hasta nuevo aviso los caprichos de la individualidad o colocando los egos chillones al servicio de unos propósitos que trasciendan su obligada estrechez o reconocida limitación.

Los **huevos** son como los jugadores en los **juegos**: se precisa de varios, de sumar y conectar, de operar con respaldo. Porque hasta el que juega en solitario, juega con algún otro. Pues a falta de compañero real, hay el par imaginario. Vale decir, cuando no hay con quien ni hay contra quien, no hay partida que largar ni partido que jugar. **Los huevos** son de todos, los **huevos** son comunitarios, los **sacan** aquellos que precisan sacarlos, los **ponen** quienes precisan ponerlos. A veces la fuerza, a veces la flexibilidad; a veces la contundencia, a veces la sutileza; a veces sin mirar, con frecuencia mirando. Siempre tomando en cuenta al rival pero no obsesionándose con él, pues este último sesgo es un modo anticipado, preocupado, de jugar *sin querer queriendo* para el adversario. Bajo esa lógica, los jugadores no son por sí mismos, se van haciendo entre sí; difícilmente sean amigos entrañables antes de lograr los triunfos; a la inversa, serán los triunfos alcanzados o el terco e ineludible intento de alcanzarlos, los que traben y tramen esa amistad.

Es el fragor de la lucha, de la fricción continua, del ensayo y el error, lo que tiembla un ánimo que se hace transversal, forjando una presencia que se reparte entre las funciones y carea un temor que es tarea de todos. Es la docilidad del cuerpo la que torna productivo al cuerpo; es esa suerte de mecánica autocontrolada que, ajena al azar y a la improvisación, tiende a implementarse con los reflejos y a confundirse con ellos. Hablamos de una funcionalidad que se nutre de reacciones naturalizadas por la costumbre y en la costumbre, con ella y desde ella. Es el actor colectivo quien, en último término, habrá de facilitarnos los secretos y las tácticas de que dispone; es al actor colectivo, experto en facilitar, al que precisamos felicitar. Es ese **huevo comunal** el que, en algunos casos, deviene coloso, monstruoso, **descomunal**.

Con individualidades, y sólo con individualidades, nadie fue nunca a ninguna parte. Veamos sino el caso del Real Madrid, sometiendo a sus galácticos a la presión de ser siempre el mejor equipo; al Deportivo La Coruña, que hace del equipo mismo su más grande individualidad; al Valencia que, oscilando entre un caso y otro, es espectáculo inmejorable a veces, o sacrificio pleno en otras ocasiones.

### **Voluntad sin trabajo, no vale un carajo**

En nuestro país, políticos y ciudadanos, intelectuales y amas de casa, padres e hijos, novios y enamorados, juran que sólo se trata de intentarlo, de ponerle ganas, del amor a una camiseta hecha jirones. Digámoslo otra vez y sin reparos *de buenas intenciones está empedrado el infierno*. Admitamos que hemos perdido de vista el momento en que se hace preciso *poner las barbas en remojo*. Decir que lo anterior es falso, fatalista, sombrío, en fin un mal florero, equivale a afirmar que en la cancha son once contra once: verdad de perogrullo. Once contra once: trampa numérica obviamente ilusa, ideología voluntarista que todo lo quiere nivelar cuando lo que se confronta en la cancha son dos historias, dos realidades, diversos modos de experimentar el profesionalismo. Una lucha que puede ser y suele ser, en el Perú lo sabemos mejor que nadie, de alcance desproporcionadamente singular y abusivamente desigual.

Boca Juniors, por citar un caso ejemplar, no llega por vía aleatoria a tanta final de Aperturas y Clausuras, de Libertadores e Intercontinentales; Boca llega sometiendo a sus rivales a un trajín difícilmente soportado por sus adversarios. Boca, según se sabe, no tiene jugadores en la selección argentina y, por ello mismo, resulta tanto más claro a qué grado hace de sus jugadores, obreros de una rutina, piezas de un rompecabezas, funciones de un plan mayor. ¿Eso autoriza a señalar que no tiene individualidades? ¿Y a concluir, permítasenos el paralelo, que Cienciano tampoco las tiene?

¿No será, amigo lector, que tales cuadros carecen del tipo de *individualidades* que el *merchandising* de cada país exige reconocer como tales?. *Individualidades* pletóricas de virtudes, atisbadas al toque, consumadas sobre la marcha. Modos brillantes de destacar; performances independientes de los resultados conseguidos por el equipo; perfiles inconfundibles y especialmente prolíficos para la transferencia rápida y el negocio jugoso. Oído a la música, nos dice El Veco. ¿Porqué Bielsa no convoca a Tévez? ¿Porqué Carty siempre fue suplente de Maestri?...

### **Tanto va el cántaro...**

Antaño dominábamos y nos hacían los goles. Hoy nos dominan y los hacemos nosotros. Antaño nuestros rivales eran maestros en amansar el reloj y dramatizar las faltas, en hacernos correr en vano y en desairarnos en el intento. Así es, Pellegrini. Así es, Merlo. Así es, Salas. Cero puntos, cero balas. Hoy por hoy, cuando las distancias se acortan, la lucha por adueñarse del pedestal parece más próxima, menos idealizada, más probable. Hoy por hoy, podemos sustentarlo, podemos probarlo, podemos degustarlo. Hoy ronda más cercana, aquella frase convertida en eslogan *si se puede* expresión voceada, no es gratuito, en los tramos postreros del partido jugado en Arequipa. Pero no nos adelantemos. Es curioso que los diarios no hayan apelado al tintineo mundialista *podemos seguir soñando*, como si ese mensaje fuese parte de una narcosis institucionalizada y no de unas opciones más concretas o de unos logros inequívocamente meritorios: esos que, justamente, concedió Cienciano al Perú.

Sin embargo, no es bueno acostumbrarnos a creer que de lo que se trata es de *esperar* que le toque su tajada a cada cual. No es un gran consejo limitarse a constatar el cumplimiento de alguna oscura y bienhechora doctrina *cíclica*. Recordemos que, como en el vals, hay quien espera toda una vida en vano, y a la inversa, hay quien trabaja de continuo y seduce, en esa medida, al destino; hay quien aprende a atraer al futuro, y a tornar menos excepcional lo excepcional. Hay quienes consiguen hacer menos fortuita a la fortuna, incluyéndose subrepticamente, en su ajeno rodar. No pensemos pues que se trata simplemente de sustituir, sin mediaciones y forcejeos, sin caídas ni levantamientos, con el mero *corazón* y el pecho henchido que jamás será vencido, las virtudes que otros supieron adquirir a lo largo del tiempo, labrar calladamente, acostumbrando el cuerpo y aderezando los hábitos, domeñando la fatiga y enriqueciendo los recursos. Al talento de los pies y a la habilidad impredecible, hay que añadirle la disciplina diaria y la porfía que no cesa de porfiar; hay que añadirle, digámoslo todas las veces que fuese necesario, harto trabajo. Nuestros mayores ejemplos nos lo dan, para variar, los menores: el Deportivo Zúñiga por acá, el Táchira más allá. Lo que nuestros vecinos latinoamericanos han sabido y podido lograr en una y otra división menor, sin declinar, sin amilanarse, sin confiarse a la receta del puro voluntarismo, a nuestro cansino guión de los *huevos* pascuales; en fin, al idilio con la camiseta de un *Luis Enrique el plebeyo, el hijo del pueblo, el hombre que supo amar y que sufriendo está esa implacable ley de amar a una aristócrata siendo plebeyo él...snif, snif.*

## Más vale maca que fuerza

En Argentina se sorprendieron del supuesto uso que los integrantes del Cienciano le daban a un producto sin precedentes en el universo deportivo, la llamada *maca*; quizá le otorgaron un mágico lugar a la pretendida fe trasuntada por unas declaraciones nunca confirmadas. Lo cierto es que se trata de un tubérculo andino, altamente nutritivo, rico en aminoácidos, hierro, fósforo, calcio, magnesio potasio y sodio. Según investigaciones efectuadas por la Universidad Cayetano Heredia y la empresa Schuler, está plenamente certificado que se trata de un energizante natural de probada eficacia, de un producto rico en glucosinolatos, factor que ciertamente torna más eficaz el consumo de oxígeno en cada usuario. Se nos informa por añadidura, que la dichosa maca incrementa el deseo sexual y tiene incidencia sobre la producción de espermatozoides: así pues a falta de *huevos*, buena es la *maca*.

Se dijo que algunos jugadores - ¿cuáles? - del campeón de la Copa Sudamericana declararon haber ingerido, tres cápsulas de *maca* diarias desde hace tres meses. Hubo, por supuesto, quienes se apresuraron a indicar que se trataba de un factor nada desdeñable para dar cuenta del modo, excepcionalmente enraizado e imprevisiblemente persistente, con que el Cienciano confrontó todos sus compromisos. Según tal lógica, en la *maca* ubicaríamos la deseada justificación y última razón para explicar la manera en que la gente más veterana y trajinada de ese equipo, léase Carty, Morán, Ibáñez, Bazalar, hayan respondido sin pausa ni desmayo en las confrontaciones más ásperas libradas por el equipo peruano. Pero no nos engañemos, lectores, lectoras, lo cierto es que los titulares no se acogieron al programa de consumo de *maca*.

Tanto mejor, pues lo que interesa enfatizar es la manera en que el *factor maca* se adicionó a otros tantos elementos, reales o *imaginarios*, constatados o *atribuidos*, históricos o *folklóricos*, para que el perfil internacionalmente atribuido al equipo peruano se invistiera de componentes místicos y mágicos. Suerte de retorno telúrico o de reivindicación inca fabricadas, en clave moderna, por el orbe medial. Resurrección del cholo recio y del mestizo ahorado, mezcla utilitaria del serrano blanco y el zambo mechador. Especie de arca de Noé de los pigmentos más cobrizos, más oscuros, más *étnicos*; especie de parque ecológico encargado de salvaguardar a toda especie en extinción.

## Retorno glorioso

### Bajo el volcán

Viernes 19 de diciembre, viernes de rubí. Henos aquí en el Estadio Monumental de Arequipa, en el recinto de San Agustín, donde las autoridades pertinentes decretaron se librara el partido de vuelta de las finales de la Copa Sudamericana *Nissan*. Como es de rigor el estadio se encuentra atestado de hinchas y la euforia creciente se derrama justo cuando el equipo peruano salta a la cancha, rojo y blanco a pesar de todo, rojo y blanco contra todo. La cátedra internacional, léase argentina, la misma que hace y deshace los espacios deportivos de *Fox Sports*, no oculta el deseo de una reivindicación heroica a cargo de los millonarios del River Plate. Obviamente la idea es cerrar el año con un triunfo que le añada lustre al lustre que Boca supo alcanzar en Tokio, a costa del connotado Milan. Obviamente los argentinos quieren otra copa. Pero si de algo sabemos en este país es de copas, casi todas rotas por cierto, y esta vez hemos querido creer, hemos preferido creer que tanto triunfo, tanta regularidad y tanto oficio cuzqueño no podían resultar puro bluff, pura bamba.

Son aproximadamente las 7.10 p.m., hora peruana, y un señor de amarillo da por iniciadas las acciones. Cienciano se arroja, quizá un poco demasiado *apremiado*, a liquidar la contienda. A los pocos segundos el equipo rival se arrincona y cede, de momento, la iniciativa. La gente se entusiasma, los televidentes también, quizá el país entero. Sin embargo, las cosas se van equilibrando y, al poco rato, River Plate se convierte en indiscutible dueño de la pelota y dominador absoluto del juego. Los jugadores cuzqueños arrecian la marca y con ello le dan a un árbitro curiosamente parcializado, el *pretexto* ideal. El desconcierto reina en la cancha y una peligrosa tendencia al *mutismo*, por demás conocida entre nosotros, planea en las tribunas. Cienciano no está jugando bien y River Plate pudo, más de una vez, inaugurar el marcador. Sin embargo el parante, la altura y los nervios de los visitantes, resultaron ser los mejores aliados de un Ibañez, una vez más, enorme. El hincha comienza a desear que los minutos pasen: mal índice. La memoria señala que en estos tramos, o sea, *a las finales choche*, es donde los equipos peruanos **arrugan**: corolario indeseable. Las retinas se niegan a aceptar, en suma, lo que se mostró en la cancha.

Toda una serie de interrogantes van aglutinándose, cual jubilados a fin de mes, en las gargantas contenidas: ¿es la única función de Morán fungir de cancerbero del Muñeco? ¿encontrará Acasiete como contrastar la envergadura del Maxi Franki bonaerense que le ha tocado en suerte? ¿cuántas intervenciones más de La Rosa soportará el árbitro antes de hacerlo devenir La Roja? ¿con quién debería tejer su fútbol Bazalar?. ¿Carty sólo va a depender de errores ajenos?. ¿García, la carta más habilidosa del frente de ataque, está verdaderamente en la cancha?. Estas preguntas tendían a entremezclarse con otras de aliento más sombrío: ¿deberemos conformarnos, una vez más, con haberlo intentado y volver al estribillo chicha *sufre peruano, sufre*? ¿acaso, triste conclusión, la gente del Cienciano no está a la altura de la jerarquía del encuentro?.

Un deseo frenético, un pedido último, se adhiere cual *sticker* a la regularidad mostrada por este mismo equipo en otras presentaciones. Ese deseo tiene voz, tiene nombre y apellido: se llama Freddy Ternero. Ya se sabe: no se puede jugar de local, como si uno fuera *visitante*. No se puede jugar contra el rival, cuando el primer y principal rival sigue siendo *uno mismo*. En consecuencia, todo el Perú espera que el partido vuelva a comenzar en el segundo tiempo: borrón y cuenta nueva. Si el *liquid paper* existe, que opere ya. El periodismo especula, fiel a sus conjuros, con los posibles cambios. Sin embargo, Ternero y Pellegrino salen con los mismos equipos que terminaron el primer tiempo.

## **Segundo aire: happy together**

Cienciano vuelve a la carga, retoma con nuevos bríos la iniciativa, se empieza a parecer al equipo que todo mundo quería ver. Pero, como era de preverse, nunca faltan los peros. Y en este caso la objeción o el percance viste de árbitro, por no decir de arbitrariedad. Tal cual se previó, La Rosa y García vieron, uno tras otro, la tarjeta roja. Sin embargo fue allí, cuando más picante parecía la atmósfera y más difíciles las condiciones que Cienciano mostró las credenciales de lo que podía ser capaz y hasta dónde estaba decidido a hacerlo. El *feeling* con el público alcanzó, entonces, sus cuotas más altas. Preciso es señalar que, entre la primera y la segunda expulsión sufridas por el once nacional, habría de cristalizarse el esperado y agónico gol, vía un tiro libre ejecutado por Lugo, quien cerraba así, con broche de oro, su ciclo en el Cienciano. De allí en adelante ni los minutos que faltaron reglamentariamente, ni el tiempo de *adición*, ni los antecedentes y *pergaminos* del millonario rival, ni su desesperación y su *ímpetu herido* alcanzaron para modificar la diferencia, mínima o máxima, según la cuzqueña con que se mire.

Con el pitazo final, la gente se soltó las trenzas. Era el momento de los festejos, de la felicidad del grupo y los llantos contenidos. De las congratulaciones y los agradecimientos. Era el momento de ofrendar el triunfo siempre acariciado a un pueblo que no ha cesado de *alucinar* esa conquista, que no se ha cansado de *invocarla* y *anticipar* su realización. Era el momento de demostrar que para festejar, hay que tener **motivos reales**, razones de peso: reino incuestionable de los resultados. Tiempo de ponerse a la altura de las exigencias. Tiempo de disponerse a aceptar, al cabo de la superación de todas las barreras, la eufórica y desbordante alegría que tales planes, de ser seguidos a plenitud, prometen.

En el fútbol peruano, lo dijimos al principio, ha *sobrado deseo* y ha *faltado realidad*. Lo cierto es que este Cienciano aporta, para el balance ulterior y como materia ejemplar, su cuota de trabajo, su paulatino crecimiento, su modo de ser *distinto* ante cada rival y siempre *igual* a sí mismo. Prefiguremos, de soslayo, sobre la marcha, un inventario de sus bondades pues, valgan verdades, no es poca cosa para un equipo peruano el tener un arquero como Ibañez que fue garantía de sobriedad, eficacia y regularidad; tampoco lo es el haber sustentado su presencia y rendimiento en un estado físico ubicable a la altura de los mejores del continente; de lo anterior se colige, a su vez, una vocación para la marca difícilmente vista por nuestros *lares*, tentadoramente pródigos en *bares*; en fin, contar, por añadidura, con la finura y astucia del goleador absoluto del torneo, con el tesón invaluable de Acasiete y de Portilla, con el trajín de Morán y la manija de Bazalar... y allí paramos de contar, para no caer de muelas en el reino de las antologías gratuitas.

Ternero dijo que su *meta* fue ser el primer técnico nacional que le diera al Perú un título de envergadura continental a nivel clubes; Ibañez resaltó que si bien éste era el mérito de un equipo de peruanos, había que entenderlo como una *recompensa* para todo nuestro fútbol; Paolo Maldonado habló de una nueva era para el futbolista peruano, la misma que supone salir el orgullo y la *responsabilidad* de salir con la frente en alto a los certámenes futuros; Bazalar recordó al hijo sensiblemente perdido e hizo énfasis en su fervoroso *afán* de cerrar su dilatada carrera con un logro de estas características. En el otro banco, Pellegrini se fue consumiendo entre sombras, aferrado a su tozudez e imantado a su fracaso; sosteniendo el conocido libreto de que ellos tuvieron más y mejores oportunidades, de que estaban técnicamente mejor dotados ...sí no conoceremos, en estos rincones, la esterilidad de aquel cuento.

Al cabo del empate en Buenos Aires, en el partido de ida, Carlos Brindisi ex notable del fútbol argentino se adelantó a felicitar a Ternero, mientras recordaba haber sufrido, en carne propia, la eliminación argentina en la harto manida Bombonera. Sólo queda esperar que *no se cese* en esa búsqueda de un mejor lugar para el fútbol peruano, que no nos la creamos todita, que *no se precise esperar* décadas para volver a gritar con gusto. Sólo queda *fabricarse* más *hechos* que justifiquen brindar por *sobradas razones* en vez de hacerlo por unos siempre *lacrimógenos pretextos*. Sólo nos queda *no dormir* sobre unos hipnóticos laureles.

### **Bienaventurados los humildes...porque de ellos será la Copa Nissan**

Vayamos con calma. Una es la humildad orgullosa, labrada y exigida desde dentro, otra, muy diferente es la humildad, más despectiva, mirada por encima del hombro, que circuló entre nuestros rivales a fin de caracterizar y, de paso, *atenuar*, los méritos del equipo peruano. Así, cuando se trató de opinar sobre el impacto *no asumido ni digerido* aún, de la superioridad de Cienciano a costa de varios colosos del fútbol latinoamericano, fue interesante y revelador el efecto mediático que las declaraciones de los entendidos llegó a suscitar. Máxime cuando tales pronunciamientos fueron

emitidos desde el lugar, siempre incómodo, del **derrotado**. Mal podemos dejar de lado, entonces, ese elemento repetida y **sospechosamente rescatado** por gran parte de la prensa especializada, el de la, así llamada, **humildad** del equipo peruano. Tanto se ha insistido en dicha **humildad** que miradas tan aparentemente disímiles como la de Fernando Niembro, periodista líder de Fox Sports, y la de Pellegrini, técnico chileno saliente del River Plate, coincidieron en resaltar el dichoso valor como principal **ventaja diferencial** y factor más destacado en el desempeño del once cuzqueño.

¿Preguntémonos, sin embargo, en qué se transforma esa mítica **humildad** cuando, jerarquías mercadológicas y fantasmas raciales aparte, se alude a una marca férrea y a unos planteamientos tácticos altamente eficaces?. Más aún: ¿en qué se transforma la **humildad** cuando, antecedentes entre paréntesis, se habla de un modo puntual de administrar los tiempos y manejar los espacios sobre el césped?. ¿Es el espíritu de lucha del equipo grande el equivalente a la **humildad** del más pequeño? Quizá se condensen y disimulen, en la superficie de tal calificación, todo un inventario de razones no demasiado razonadas; lógicas, en fin, demasiado ideológicas. Así pues aquel **monoteísmo** que todo lo catequiza; ese dulce **paternalismo** de resabios xenofóbicos; unas **megalomanías** demasiado blancas, por siempre puras, en exceso pesadas como para hacer declinar la soberbia clasista de cada día. La **humildad** de los hombres del Cienciano es la de unos entes **anónimos** en la urbe futbolística y por ello, tanto más sorprendentes en su arribo; la humildad de los hombres de Cienciano es, no en vano, la de unos ilustres **desconocidos** pero también la de una fuerza imbarajable en su tozudez e impertérrita en su discurrir.

Dos veces **discriminados** entonces, una vez en tanto peruanos, y otra en tanto provincianos del propio Perú, llama más aún la atención el terco empeñamiento de este grupo de gente en alcanzar un objetivo invariable: coronarse campeones de un evento de especial relieve en el concierto internacional del fútbol. **Campeonar**, recordémoslo, es un verbo acuñado en nuestra tierra. Imaginado tiempo atrás, validado recientemente por la Real Academia de la Lengua. El infinitivo **campeonar** de clara inspiración pelotera no remite a acontecimientos internacionales con que nos saludemos demasiada frecuencia. A la inversa, el hecho de **campeonar** brilla por su ausencia en los forcejeos con los países vecinos y, a manera de consuelo, suele canjearse por los trofeos locales y las pugnas, por demás conocidas, entre tres o cuatro clubes de la capital.

Señalemos lo indispensable, acojámonos a lo que Freud llamaba **principio de realidad**. Tampoco estamos ante un grupo de gente negada; no es el Cienciano un equipo que nace de la noche a la mañana; dicho once dista de ser un cuadro sin oficio ni beneficio. Ya lo hemos dicho, no se trata de insistir, como lo dicta el siempre paletado sentido común y una cierta psicología decimonónica, que la dieta del huevo y el temperamento, del puro ceño fruncido y el nervio tenso, basten para soslayar el valor que una percepción atenta y adiestrada aporta, para socavar el concurso que una inteligencia presta nos presta.

Volvamos a la **humildad**: ¿Acaso se nos está invitando a concluir que la gran capacidad mostrada por este equipo, tanto en su calidad de local como de visitante; que el mantenimiento de un ritmo, un orden y un estilo sostenidos en diversos escenarios y ante otros tantos adversarios; que su vocación para ejercer la marca y no desmayar nunca en aquel propósito; que su sentido de la oportunidad para inaugurar siempre, y contra todo pronóstico, el marcador; en fin, que su empeño, ineludible, en remontar situaciones desfavorables es, principalmente, la resultante exclusiva o el efecto prioritario de la **humildad**? ¡Por favor!

Mejor consideremos lo difícil que resulta aceptar hidalgamente, sin peros escondidos, una derrota que no acontece ante un rival superior ni ante una potencia equivalente, sino justamente cuando tal debacle se da ante uno de esos que no tenían el derecho a imaginar tal resultado; ante un

contrincante prohibido de aspirar a tal corolario; ante un oponente que no debía atreverse, siquiera, a soñar con dicho epílogo. Digámoslo en voz alta: Cienciano ha emergido, a nivel internacional, de esa lista oscura y anónima integrada por todos los que, condenados a llegar tarde, se aglomeran al final de la fila; Cienciano tendría que haberse mantenido, para la élite, en la lista de invitados a considerar para el baile de los que sobran. Pero, tal cual señala por allí un personaje de Chesterton: las ideas serán rebatibles, pero los hechos son irrefutables y ése es, precisamente, su valor más contundente. Así pues, se desgarre quien se desgarre y lo lamente quien lo lamente, Cienciano es el dueño de la Copa Nissan. Admitamos que en muy pocos lugares de éste, nuestro mundo contemporáneo, infectado de tanta corrupción y afecto a diversidad de simulacros, puede aún degustarse, apetecible y tentadora, una ración de verdad.

Para concluir, diremos que es bueno celebrar, sin falsas modestias, este logro y más aún, sopesar el valor que, a propósito de su consumación, detentan los reconocimientos que le han sido concedidos, fueran éstos públicos o privados, oficiales o espontáneos, efectos todos que permiten, al fin y al cabo, asentar y consolidar, con justeza y necesidad, los méritos que aquel trabajo conlleva. Hay, no lo olvidemos, todo un conjunto de hallazgos que describen y certifican, a nivel de la psicología de los comportamientos sociales, el lugar y dimensión que alcanzan, en toda época y lugar, las gratificaciones que suceden a nuestros empeños, las recompensas con que se coronan nuestros propósitos. Tales experiencias demuestran la alta probabilidad de reafirmación que nutre a las respuestas mejor acogidas por el auditorio; su defensa, de repente impermeable, a la temida extinción, luego de haber sido ampliamente recompensadas por la mirada, a veces admirada, del mundo. ¡Salud por ellas!

**Julio Hevia Garrido Lecca**